

Hoy Julián salió temprano. Aún no había amanecido del todo. Llevaba entre sus manos una minúscula alcancía y otra algo más grande, las dos de madera picada, con bisagras doradas. Las llevaba abrazadas, en su pecho. Caminaba despacio, pensando en gente como tú, pero también pensando en los meses que había pasado.

Fue a un lugar donde las olas le salpicaban las mejillas y le mojaba las puntas de los dedos de los pies. El mar era su aliado y las mareas, amigas inseparables. Puso el cofre más pequeño en medio de sus piernas y lo abrió muy despacio. Se escuchó un suspiro, acompañado de una sonrisa y la palabra «GRACIAS» salió volando con alegría, balanceándose de un lado para otro, decidida y sin miedo, dispuesta a acariciar a muchísima gente.

Julián permaneció un buen rato, con otra caja de madera picada abierta, la que era algo más grande, esperando que la palabra volviese. Siempre lo hacía, más tarde o más temprano, y cuando eso sucedía, llegaba hinchada y feliz y necesitaba un sitio más grande para descansar para volver a soñar con el próximo viaje.



Texto de Daniel Martín Castellano.
Narración del cuento en [youtube.com/animalecdanielmartincastellano.com](https://www.youtube.com/animalecdanielmartincastellano.com)

Ilustración de portada de Dácil Velázquez
[dacilvelazquez.com](https://www.dacilvelazquez.com)

Reconocimiento-Usa no
comercial-Compartir igual.



El secreto de Julián

rase una

Daniel Martín Castellano



Julián tenía un secreto.

Quizás no era exactamente un secreto, porque él estaba dispuesto a contarlo, pero no sabía ni cuándo ni cómo.

A Julián no le gustaba el alboroto, le preocupaba la gente que chillaba o que se reían tan alto y con tanta fuerza que parecía tener una cueva en vez de una boca.

Tampoco sabía muy bien cómo empezar una conversación. Él prefería mirarte y sonreír. También era muy curioso. Andaba todo el día preguntándose cosas muy importantes que le hacía pensar, mirar en viejos libros y preguntar a sus amigos. ¿Tienen todos los sarantontones los mismos puntos en su caparazón? ¿Cuánto tiene que pesar una gota de rocío para que resbale por una hoja? Y las nubes, ¿saben dibujar o es una casualidad cuando pintan en el cielo? Esas eran el tipo de preguntas que le interesaban a Julián.

Julián coleccionaba palabras. Algunas nunca habían sido pronunciadas por nadie, sólo por él. Las guardabas en cajitas sin cerraduras, casi todas del mismo tamaño. Las tenía apiladas en su habitación. Cuando necesitaba utilizar una, cogía un pequeño cofre y lo abría, soplabla levemente: la palabra salía volando a su destino. Para él era sencillo. Este era su secreto: su colección de palabras.

Los magos, las hechiceras, los brujos y las sacerdotisas, tenían sortilegios, hechizos y oraciones. Pero Julián tenía sus palabras y sus deseos.

A veces sacaba palabras una detrás de otra y creaba frases. En un día de suerte, las frases formaban pequeñas historias, que solía comenzar con fórmulas mágicas como: «había una vez», «hace mucho tiempo ocurrió...», o su preferida «cuando las ranas tenían pelos y las gallinas tenían dientes...».

Es frecuente que Julián pida palabras prestadas a la gente que comienza a conocer. Las guarda con mucho cariño. Sabe que algún día podrá utilizarlas para algún propósito.

Las palabras son importantes. Yo te recomiendo que hagas como Julián, y en vez de reunir estampas, boliches o cualquier otra cosa, juntes palabras hermosas y valiosas para ti.

Julián sabía que las palabras no podían permanecer mucho tiempo guardadas, se ponían mohosas y tristes, se arrugaban y perdía energía y no podrían volar cuando tuviera que liberarlas. Así que Julián, salía muchas veces con sus cajitas y las dejaba ir, en ocasiones para siempre y en otras, las palabras regresaban cargadas de más luz y fuerza.